

dor de él. También por los países vasallos que giraban como oscuros planetas en torno al imperio del Rey Sol.

Nuestro emperador no se satisfacía con nada. Era terriblemente ambicioso y cruel. Los súbditos murmuraban que él deslumbraba por fuera como verdadero Rey Sol, pero que llevaba por dentro la oscuridad. Y eso también era verdad. Un secreto público que nadie se animaba a comentar en voz alta. El miedo tapiaba las bocas y ponía a oscuras las cabezas.

No se sabía nunca qué es lo que pensaba y haría el emperador cuando estaba silencioso y rígido como una momia. Al instante siguiente caía como el rayo lo mismo sobre una mosca que sobre un ejército o un reino.

El Rey Sol era toda la luz del imperio. Y la luz, tú sabes, hace ver las cosas pero es invisible ella misma. Nadie puede alegar que ha visto la luz. Nadie tampoco ha podido ver el color de la oscuridad al destello de una vela. En realidad de verdad, nadie vio al emperador antes ni después de muerto. Tenía varios sosias y eran éstos los que aparecían en los actos oficiales mientras él permanecía oculto en su cámara observando a través de un ojo telescópico todo lo que pasaba en el exterior. Hubo varios atentados. El emperador caía apuñalado o acribillado por las balas. Al día siguiente, sin huellas de heridas, aparecía de nuevo en el trono. Esto aumentó su terrible autoridad. Cobró fama de inmortal...»

La vieja se posó sobre una piedra y cuando ya parecía haberlo dicho todo, continuó: —Los servicios de espionaje del emperador le informaron que el principito de un reino lejano se había rebelado contra el regente, su tío. Este había asesinado al rey, su padre, y había usurpado el trono. El principito no tendría más edad que la tuya, pero era muy decidido y valiente. Amaba tiernamente a su padre. Nada le consolaba de su muerte. Agravaba sobre todo su congoja el hecho de que su propia madre, seducida por el asesino y usurpador, se le uniera en nupcias poco después de los funerales.

El fantasma de su padre se le apareció varias veces revelándole cómo su hermano le había dado muerte mientras dormía vertiendo beleño en sus oídos. El fantasma le incitó y convocó a la venganza. El príncipe no dudó más. Se puso a la cabeza de la insurrección. Destronó al usurpador y le condenó a muerte. El pueblo declaró al principito héroe nacional y le reconoció como a su profeta.

Al saber esto, nuestro emperador envió un ejército al mando de sus mejores generales contra el reino convulsionado. Comisionó también a uno de sus chambelanes para que tomara posesión del país como virrey. Llevaba órdenes perentorias de ejecutar al príncipe rebelde apenas cayera prisionero. Temía que estos disturbios sirvieran de peligroso ejemplo para el resto del vasto imperio. El ejército invasor aplastó la rebelión pero no pudo capturar al principito. El pueblo le escondió y protegió, y ni las persecuciones ni las torturas colectivas más atroces lograron revelar su paradero.

Ciego de cólera, el emperador ordenó entonces que todas las criaturas del reino fueran pasadas a degüello. Desde los recién nacidos hasta los que tuvieran diez años, la edad del príncipe. Acaso la tuya también en este momento...»

La anciana se detuvo con la cabeza caída sobre el pecho.

Por primera vez inquieto, como contagiado por la ansiedad de la anciana, el niño estaba pendiente de ella. Tras un largo suspiro, el graznido de pronto humanizado recommenzó: —La horrorosa masacre no sirvió sino para desatar más guerras y rebeliones que destruyeron la unidad del imperio y se volvieron contra el imperio mismo.

La sombra del pequeño príncipe comenzó a aparecer en todas partes formando su leyenda. El emperador ordenó nuevos degüellos de niños en los países sediciosos más activos y ofreció una cuantiosa recompensa por la captura del príncipe guerrero y profeta. Uno de sus más próximos lugartenientes cedió a la tentación. Traicionó y entregó al príncipe. Le crucificaron y, por orden del emperador, la cruz y la pequeña víctima fueron paseadas por todo el imperio en medio de triunfales festejos. Luego la cruz fue izada en mitad de ese anfiteatro. Allí quedó hasta que los cuervos acabaron de devorar el pequeño cuerpo. ¡Tal fue la cantidad de cuervos mi Dios, que vinieron a cebarse en él! Durante tres días ennegrecieron el cielo. Desde entonces no volvió a salir el sol.

El pequeño príncipe es inmenso como un Dios, empezó a decir la gente alzando los ojos hacia el cielo enlutado. Vivo, decían, llenó toda la tierra. Muerto, no cabe en el cielo.

En cierto modo y por figura de la mente, también eso era verdad. El emperador duplicó su guardia pretoriana. Mandó construir murallas en torno a la capital del imperio y otro muro de piedra de cien codos de espesor y diez de altura alrededor del palacio real.

Por un tiempo pareció que las rebeliones habían sido conjuradas. Y aunque el sol no volvió a iluminar el país, la paz volvió a reinar en él. Una paz pesada y oscura como si la nube de cuervos no se hubiera retirado aún de lo alto.

«Pero entonces ocurrió aquello...»

El niño miraba fijamente a la anciana. Todo su cuerpo ardía en una pregunta.

—Sí... Aquello fue peor que todas las desgracias juntas —balbuceó la anciana—. Ocurrió que los niños del país se negaron a nacer...

El niño arrugó incrédulo el ceño.

—¿Cómo que por qué?... ¡Pues porque los niños por nacer decretaron una huelga de nacimientos. Así de simple fue aquello.

«Simple y extraño. También, si se quiere, lo más natural del mundo. Después de todo lo que había pasado. Esa nueva especie de rebelión enfrentaba el terror del modo más imprevisto e increíble. No era que los fetos se hubieran vuelto locos de repente o más sabios que los doctores del templo. Era como si los críos reflexionaran en el vientre de sus madres: «Ya que la vida es peor que la muerte, ¿a qué vamos a nacer? ¿A que nos degüellen o nos maten por hambre? ¿O que nos dejen vivir para que nos regodeemos desde el primer parpadeo con el espectáculo de matanzas, de horrores, de miserias sin fin, de la infinita estupidez y crueldad del hombre?»

«Una parturienta oyó, en sueños, que su hijo clamaba entre vagidos terribles: «¡Si existe el infierno... el infierno está allí... al salir!...» Y al despertarse, la parturienta no encontró la menor huella de su gravidez ni del embrión hablador».

La vieja estaba ya al límite de sus fuerzas. Había empequeñecido mucho pues

toda ella estaba encogida sobre sí misma en posición fetal en el hoyo de la piedra.

—Claro... murmuraciones de la gente... —jadeó de nuevo la anciana—. ¡A quién se le ocurre que los nonatos iban a reflexionar y a quejarse de su suerte que ni siquiera había comenzado aún!

«Lo cierto es que la huelga de nacimientos se propagó. No nacían más niños. En ninguna parte. las mujeres encintas veían combarse y crecer sus vientres durante nueve lunas. Pero al llegar a los nueve meses de gravidez, el globo maternal se desinflaba. Las caderas y los vientre volvían a quedar planos como antes. Los senos henchidos que ningún crío iba a chupar hasta hartarse, goteaban inútilmente su preciosa leche irrepetible... Los críos huelguistas se habían mandado mudar al otro limbo, ése que dicen que existe entre el purgatorio y el infierno. O tal vez al País-del-nunca-jamás. Las madres quedaban frustradas para siempre. Y los hombres andaban con la cabeza gacha buscando por el suelo la dignidad que se les había perdido.

Lo extraño fue también que el emperador no veía con malos ojos la creciente huelga de nacimientos. Los portavoces oficiales celebraban el fenómeno natural. Trataban de explicar al pueblo que había venido a dar razón al emperador y a culminar su obra de salvación pública extirpando de raíz el mal en esos niños que se convertían en rebeldes, regicidas, revolucionarios y delincuentes comunes a tan temprana edad. En vista de que la natalidad ya no producía el menor gasto al fisco, el emperador duplicó las pensiones y los servicios de salud pública a favor de la ancianidad.

«El país se fue llenando de ancianos. Envejecíamos doblemente porque nos veíamos envejecer los unos en los otros. Y nada es más triste y tenebroso que el mundo de los viejos, llenos de pavor ante la muerte. Como si la muerte doliera y el cuerpo siguiera doliendo después de la muerte en cada partícula de hueso o de ceniza. Y ya se quejaban a gritos de esa muerte después de la muerte, más dolorosa que la vida y que no acabaría de morir del todo.

Esto no impedía sino que estimulaba las malas inclinaciones de los viejos. Viejecitos pícaros y astutos en su mayor parte. Oliendo a orines y rechinando sus reumatismos se pasaban todo el santo día en el mercado negro traficando sus pensiones. Lo que creó la industria de las dobles o triples actas falsas de defunción. El emperador también murió seis o siete veces en cada uno de sus sosías. Y el último que quedó, que sería el verdadero emperador, mostró por fin una escamosa cara de serpiente.

De aquella antigua gente sólo sobrevivimos siete. Yo, la tataranieta de un esclavo del emperador, mandado degollar porque logró hacerme escapar de la degollación de los inocentes, soy la más joven de los siete y ya no me acuerdo de mi edad.

Ha sonado para nosotros también la hora de los plazos mortales. Has venido a recoger nuestro último suspiro. Muero feliz, mi querido Nada, porque he podido contarte la historia de nuestro pueblo. Vosotros haréis la historia del futuro».

El niño arrugó otra vez la nariz.

—Vosotros... porque seréis dos. Ya pronto lo sabrás. Pero antes, un último pedido. Cuando ya haya muerto, déjame en este hoyo. Ponme una piedra encima y no te ocupes más de mí. Sube luego hacia el lado norte de la colina. Encontrarás